

## DOCTRINA Y ACCION

*Palabras de introducción a la VI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, pronunciadas*

por

EUGENIO VEGAS LATAPIE.

Obediente a una amable indicación, que tiene para mí el carácter de orden perentoria, estoy aquí para pronunciar unas breves palabras de apertura de esta *Sexta* reunión de amigos en España de "La Ciudad Católica".

La primera en abril de 1961, en "El Paular".

Tuvo lugar la *segunda*, en mayo de 1962, en Barcelona; la tercera y la cuarta en este mismo Colegio de San Agustín, a cuyos directores reitero nuestro gran agradecimiento por su ejemplar hospitalidad. Para la quinta reunión retornamos a El Paular por estos mismos días del pasado año. No obstante la inclemencia del tiempo, en que la nieve impidió franquear los puertos de la sierra a varios amigos, todavía subsisten los rescoldos del fuego y entusiasmo que provocó en la inmensa mayoría de los asistentes.

Nada nuevo se me ocurre decir en el acto de apertura de esta sexta reunión. Me limitaré a repetir algunos conceptos que estimo necesario gravéis profundamente en vuestro espíritu. Que lo más necesario en estos momentos es la formación doctrinal (Pío XII); que las ideas gobiernan a los pueblos (Fichte); que las ideas falsas deben ser combatidas por ideas verdaderas y que es inútil disparar el cañón para vencerlas (Maurras); que el error, más que los vicios, es lo que corrompe a los pueblos (Le Play).

Quizá alguno de mis oyentes piense que mi machacona insistencia sobre la capital importancia de la formación doctrinal se debe al amargor, por no decir esceptismo, que me ha causado el contemplar el fracaso de mis actividades en el terreno de la acción. Pero no son los años, ni los fracasos, los que me han llevado a defender la primacía de la formación doctrinal. Hace treinta y cuatro años, en el número del 16 de mayo de 1933, publicaba como

editorial en la revista *Acción Española* un trabajo titulado "Doctrina y Acción", en el que decía: "al lado de la doctrina hace falta la acción. La una es complemento indispensable de la otra. Acción sin doctrina vale como edificar sobre arena. Doctrina sin acción es un levantar de castillos en el aire. Es necesario que la inteligencia nos enseñe la verdad para que la voluntad la realice. ¡Acción! ¡Hay que actuar! Ante los males de la religión y de la patria a nadie es lícito permanecer ocioso. Pero no basta actuar; hay que hacer obras útiles. Por lo que es indispensable, antes de actuar, saber con precisión qué es lo que se debe hacer.

"Las enseñanzas de los Libros Santos confirman lo expuesto. Ante todo es preciso tener fe, esto es, doctrina. Inmediatamente, producir obras iluminadas por la fe, que es la verdad. No basta la fe. Quien conoce el remedio del mal y no intenta aplicarlo es reo de eterna condenación. Para salvarse no basta dejar de hacer lo que está prohibido. Es preceptivo hacer el bien. Jesucristo dijo: «La fe sin obras es fe muerta.» Y en otro momento añadió: «Yo no soy Dios de muertos». No es Dios de los que no actúan.

"Fe y obras; doctrina y acción; ideas y hechos. Esa es la norma obligatoria de todo católico y de todo ciudadano. Quienes sostengan que la acción lo es todo y la doctrina no es nada, se parecen a quien, deseando curar la enfermedad de un ser querido, lleno de actividad y buena intención le suministrase, a modo de remedio, un veneno, o al patriota que, deseando pelear por su patria amenazada, se lanzase al campo y, por no atender las órdenes o por ignorar la posición de los combatientes, disparase su arma contra sus hermanos.

"Pero una vez conocida la doctrina, entonces la acción lo es todo.

"Todos los hombres, absolutamente todos, tenemos dos obligaciones primordiales. La primera, enterarnos de lo que es preciso hacer. La segunda, traducir en obras esas enseñanzas y convicciones."

No hace muchos días volvía a leer una página de la Historia de Francia contemporánea que confirma elocuentemente cuanto llevo dicho. En 1899 la vecina República se veía agitada por el famoso "affaire Dreyfus" que constituyó una verdadera revolución que llevó al Poder a los enemigos de la Iglesia, la Patria y el Ejército. Para luchar contra estos elementos de desintegración social algunos distinguidos patriotas crearon una asociación bajo el título de *Ligue de la Patrie Française*. El manifiesto funda-

cional iba seguido de muy numerosas firmas, y en cabeza de ellas los que constituían la flor y nata de la Academia Francesa. En veinticuatro horas las adhesiones vinieron a raudales. Se llegó a apuntar la cifra de cien mil. Aunque la cifra fuera exagerada, el aluvión de adherencias causó muy fuerte impresión, más aún que por el número por la categoría y relevancia social de los firmantes.

Ante el asombro de muchos, uno de los más señalados iniciadores de esa gigantesca *Ligue de la Patrie Française*, exclamó —y la frase es histórica—: “Y ahora para utilizar todo esto necesitamos ideas.” Por falta de ideas esa colosal concentración se disolvió en la esterilidad más completa.

Estamos viviendo un espantoso momento de desorientación espiritual. Muchos se entregan a disfrutar ciegamente de los placeres que les brinda la ciudad alegre y confiada en que viven, sin pensar para nada en el mañana. Otros, menos en número, postulan una acción intensa y urgente. Pero actuar, ¿con qué fin? ¿Qué principios se han de propagar e imponer? Antes de estudiar es indispensable conocer el objetivo que se trata de alcanzar y también es necesario estudiar los métodos más adecuados de acción. Precisamente desde hace varios números venimos reproduciendo en nuestra revista *VERBO*, capítulo a capítulo, el trabajo que mi admirado Jean Ousset está publicando en *Permanences* con el título “Deber y Condiciones de Eficacia”. Con todo encarecimiento recomiendo a cuantos me oyen que lean y mediten este magistral trabajo sobre la acción.